

las fúnebres exéquias de la Reina D.^a Isabel de Valois, que se celebraron en el Convento de las Descalzas Reales de Madrid en 1568.

Entre estos apreciables trabajos descuella una elegía compuesta de sesenta y cinco tercetos dedicada al Cardenal Espinosa y de la cual tomamos algunos versos:

¡Ay muerte! ¡Contra quién tu amarga ira
Quisiste ejecutar, para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?

El vano confiar y la hermosura
¿De qué nos sirve cuando en sus instantes
Damos en mano de la sepultura?

¿Cuándo más favorable el mundo sea,
Cuando nos ría el bier, todo delante,
Y venga al corazón lo que desea,

Tiéndose de esperar que en un instant:
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fué ni será jamás constante.

Y aquel que no ha gustado de la guerra
A do se aflige el cuerpo y la memoria,
Parece que Dios del cielo lo destierra.

No se ha concedido ni concedemos demasiado mérito á estas composiciones, pero la facilidad en la versificación y sus ideas, revelan ya la inspiración del poeta. En 1569 imprimiólas Cervantes con otras muchas que no han llegado hasta nosotros; mas no obtuvo el éxito que se prometía; y el despecho de no recoger el apláuso que merecian sus obras; marchitas sus esperanzas en esa edad en que el génio aun necesita las alas de la popularidad y del apláuso para ascender hasta las regiones de la gloria; solo, abandonado y pobre, dejó su pátria pensando, como dice Rios, que le seria mas fácil mejorar de fortuna en tierra estraña.

Recojióle el Cardenal, legado del Papa Pio V, Julio Aguaviva, grande aficionado á las bellas letras, y llevóle consigo á Italia. Allí visitó Cervantes las ciudades de Roma, Nápoles, Florencia, Ferrara, y la observación de sus caracteres y costumbres fueron nuevos elementos que enriquecieron su poderosa fantasía. Allí sintió enardecido su fogoso espíritu de poeta al calor de las obras que acababan de producir la ardiente inspiración de Ariosto, del Tasso y Aretino, y seducido por sus ensueños de gloria y exaltadas mas y mas sus pasiones por irresistibles deseos de inmortalidad, abandona pronto el palacio de los Duques de Atri para abrazar la milicia,

inscribiéndose en los famosos Tercios castellanos mandados por el bizarro D. Miguel de Moncada.

Si como militar realizó sus ensueños, á vuestras plumas, mas galanas y discretas que la mia, está hoy encomendado este asunto y vosotros sabreis, mejor que yó, tejer para su frente la inmarcesible corona de laurel que, á costa de gravísimas heridas, conquistó en la célebre batalla de Lepanto.

Muchas veces recuerda Cervantes en sus obras con noble y justificado orgullo la parte que tuvo en tan gloriosa jornada. En el *Viaje al Parnaso*, capítulo I, pone en boca de Mercurio estos dos tercetos:

«Que, en fin, has respondido á ser soldado
Antiguo y valeroso, cual lo muestra
La mano de que estás estropeado.

Bien sé que en la naval dura palestra
Perdiste el movimiento de la mano
Izquierda, para gloria de la diestra.»

En la epístola á Mateo Vazquez describiendo la batalla dice:

«El pecho mio de profunda herida
Sentia llegado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida;

Pero el contento fué tan soberano
Que á mi alma llegó, viendo vencido
El crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento
Que á veces me quitó todo el sentido.

Asimismo recordamos, en este punto, la contestación llena de sentimiento y de dolor que dá en el prólogo de la Segunda parte del Quijote, al miserable y envidioso Fray Luis de Aliaga:

«Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo que no pasase por mí, ó mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, sinó en la mas alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron;.....y esto es en mí de tal manera que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella facción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberse hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en el pecho, estrellas son que guian al cielo de la honra y al de desear la justa alabanza.»

